



**La responsabilidad de cuidar.**

**Por: José M. Tojeira, S.J.**  
**Director Idhuca.**

Cuidar a los débiles y desprotegidos ha sido una labor fundamental en la historia de la humanidad. Y así mismo, ha sido a lo largo de la historia una tarea básica de la Iglesia para dar testimonio con eficacia de la ley primaria del cristiano: La ley del amor. Cuando los ricos se cuidaban de sus enfermedades en sus casas, la Iglesia fue la primera en abrir hospitales para cuidar a los pobres. La humanidad, el irnos convirtiendo en personas humanas, nace del cuidado. El ser humano nace desprotegido y permanece en la desprotección muchos años. Las ideas sobre la responsabilidad materna o paterna se han ido desarrollando a partir de la larga experiencia humana de cuidar en familia por largos años a los niños. E incluso el desarrollo social y la solidaridad que acompaña al crecimiento de la comunidad humana, ha venido inspirándose en esa larga historia de cuidar en familia a los más débiles. El cristianismo proclama el amor al prójimo como mandato prioritario a partir de Jesús de Nazaret, “que ungido por Dios y con la fuerza del Espíritu Santo pasó por este mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo” (Hechos 10, 38). Cuidar, amar y curar, son expresiones de una misma tarea, que nace desde la fuerza del Espíritu que habita en nuestros corazones.

En estos tiempos de pandemia la tarea de cuidar, junto con la de curar, se convierte no sólo en deber especial, sino también en necesidad básica de sobrevivencia. La tarea de curar está puesta en manos de profesionales y en ellos debemos confiar. Pero la tarea de cuidar nos compete a todos, como modo especial de contribuir a la salud. La Organización Mundial de la Salud (OMS) define la salud como «un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades». Si para la enfermedad son indispensables los médicos, las enfermeras y demás ayudantes, para lograr que todos tengamos un bienestar físico, mental y social es imprescindible que todos tratemos de comportarnos como personas solidarias. Enumerar algunas de las responsabilidades concretas del cuidado puede ser importante para acrecentar nuestra responsabilidad cristiana. Sobre todo en las actuales circunstancias en las que el aislamiento en el hogar o el riesgo de tener que salir por razón de trabajo o necesidad puede hacernos pensar en que solamente tenemos que cuidarnos a nosotros mismos y a quienes viven en el propio hogar. Somos comunidad fraterna, y los cristianos debemos dar testimonio de ello en todo momento con el cuidado de los demás.

Cuidarse a sí mismo en todo lo que previene el contagio o la transmisión del mismo, es un primer paso básico que debemos ver no solo como un acto de reacción ante el miedo de contagiarnos, sino también como un acto de responsabilidad y de amor al prójimo. La mascarilla, la distancia social, la permanencia en el hogar, la higiene permanente y el lavado de manos no deben ser producto del miedo sino de la conciencia de que cuidándonos cuidamos también de los demás. Un segundo paso se da a partir del hecho de que un cierto aislamiento y a veces lejanía física, no destruye nuestra dimensión social. Tenemos vecinos y muchos de nosotros permanecemos pendientes de las redes. El cuidado y la solidaridad hay que extenderlo a los vecinos. No se trata de reunirse con ellos pero sí de estar al tanto de su vida, ser solidarios en



## Universidad Centroamericana José Simeón Cañas Instituto de Derechos Humanos de la UCA

---

alguna necesidad que tengan e incluso unirse con ellos en oración participando en algunas de las actividades religiosas que se pasan por los medios. En lo que respecta a las redes la responsabilidad es doble. Mantener una posición de apoyo a médicos y enfermeras, con palabras de ánimo a los profesionales que conozcamos, es también un deber de agradecimiento a quienes están en el lugar más peligroso en esta tarea de superar las enfermedades.

Para nadie es un secreto que las redes están llenas de mensajes excelentes, pero también de mentiras, insultos e incluso mensajes de odio. Si somos cristianos conscientes de nuestra fe no podemos participar en mensajes de odio, insultos o en cualquier tipo de contenidos que tienda a enfrentar a los hermanos. A veces hay que defender a alguien que ha sido atacado injustamente, pero incluso eso hay que hacerlo simplemente ateniéndose a la verdad, si responder al odio con el odio. El caso de nuestro querido Cardenal Gregorio Rosa, injustamente atacado, por poner un solo ejemplo, hay que contestarlo diciendo la verdad: el Cardenal siempre ha sido un hombre de diálogo y un verdadero promotor de diálogo, y nunca ha dejado a un lado esa virtud cristiana de estar abierto al diálogo con todos en favor del bien común y por eso merece nuestro respeto y afecto. También en las redes aparecen con frecuencia mentiras. Curaciones especiales, productos curativos falsos e incluso narraciones de experiencias o actitudes que sería nocivo repetir. Mantener la conciencia crítica, preguntar ante la duda, orientar a jóvenes o menores que haya en el hogar es parte del cuidado. En ocasiones también, aparecen en las redes peticiones de ayuda o incluso informaciones de los propios enfermos. Animar, asegurar la propia oración a quien la necesite, es parte de la solidaridad cristiana.

También en las noticias más formales se puede observar una repetición insistente de los problemas que el país sufre a causa de la pandemia. También aparecen en los medios las tensiones que hay entre diversos grupos políticos o sociales. Frente a estas noticias formales, y de nuevo sin perder la propia conciencia crítica, es bueno estar al tanto. A todos nos conviene estar bien informados. Pero por sanidad psicológica debemos cuidar no obsesionarnos con buscar siempre la última noticia o la más trágica. Tampoco resignarnos a ver las cosas en blanco y negro, pues incluso en medio de las grandes discusiones hay personas bien intencionadas que piensan distinto. Si en algún caso debemos opinar, la ciencia, el conocimiento y el discernimiento nos deben ayudar. Y por encima de todo ello nuestra capacidad cristiana de buscar la verdad en el mayor servicio y el amor. El diálogo y la cooperación son siempre los dos grandes instrumentos que posibilitan la superación de los conflictos y hacen real el cuidado del bien común. Radicales en la defensa del amor y la verdad y moderados en la exposición y expresión de las soluciones que preferimos, son las formas concretas de la persona informada sobre la realidad y formada desde la fe cristiana. A veces cuesta proceder de esa manera, pero es la mejor forma de contribuir, en medio de la pandemia, a esa obligación del cuidado que incluye no solo la salud curativa sino también el bienestar social y mental.